usted nuestros autores? Es un Monte Cristo moderno. ¿Cómo vacilar en seguir á un hombre que siembra el oro por donde pasa? ¿Qué supone el pobre Folentin al lado de ese Nabab? Yo mismo ¿qué soy?

—Se ha burlado de mí—dijo Folentin.—No me figuraba nada de lo que ocurre. Rosa fingía desvío por Raynaud; yo mismo le rogaba que le acogiese con más amabilidad, porque temía que su acritud perjudicase mis negocios.

—Vamos—replicó Condottier.—Estoy contento de ella porque lo ha hecho bien. ¿Qué iba usted á hacer con esa mujer? En otro tiempo le dije que no estaba á su altura y que obraría con más juicio quedándose soltero. Usted lo ha querido, Folentin... Ahora arréglese como pueda con ella. En lo que á mí se refiere, veo claramente que he perdido la partida. Procuraré librarle de Raynaud, pues en adelante no he de poder prestarle otro servicio.

Folentin se estremeció, y después de un momento de vacilación dijo:

—Permita que vea á Raynaud y que le hable. Quien debe batirse con él soy yo.

Condottier enrojeció al oir esta proposición. Su rostro expresó una fiereza que le embellecía las líneas duras del rostro.

—No piense usted en ello. Si le he contado todas estas cosas es porque no puede evitarse mi encuentro con Raynaud. ¿Por quién me toma usted? Me ha ofendido, le he provocado y á nadie cederé el puesto. He podido ser ligero, imprudente, pero cuando mi honor está en juego, nunca transijo. Las cosas seguirán su curso. Luego, libre es usted de exigir cuantas satisfacciones desee.

—Bien—dijo Folentin—, no tengo nada que hacer aquí. Hasta la vista, Marqués.

Condottier se echó á reir.

—Gracias por su buen deseo. Lo acepto como un voto que sale del corazón. Hasta la vista, Folentin, y ya sabe usted, amigo mío, que prefiero mi suerte á la suya.

Dentro de un cuarto de hora sabré si el señor Raynaud tiene buena puntería.

Folentin movió la cabeza con indecisión, saludó al Marqués sin darle la mano, y se alejó. Condottier se encogió de hombros con desdén, y abriendo la ventana que daba al jardín llamó á sus amigos.

—¿Se ha marchado ya Folentin?—preguntó La Bréde.

—Sí, y nosotros vamos á hacer lo mismo. Son las once y media, y tenemos el tiempo justo para llegar á Villebon.

—En marcha.

Una enorme impaciencia devoraba á Rosa mientras esperaba el regreso de Folentin. En

su imaginación había barajado los proyectos más contradictorios. Sucesivamente, y con tanto dolor como vergüenza, había pensado en la muerte de Raynaud, de Condottier ó de Folentin. Después pensaba que los duelos rara vez terminaban fatalmente. Con el corazón oprimido imaginábase á Raynaud pálido y ensangrentado, bajando del coche sostenido por Evans y Prévinquieres. Únicamente se ocupaba de Raynaud para compadecerle. Él solo le interesaba, pues por ella corría todos los peligros. Condottier había adivinado lo que Rosa no se confesaba á sí misma. Y si había obligado á su marido á que fuese á casa del Marqués, era con la misteriosa esperanza de impedir que Condottier y Raynaud llegasen á batirse. ¿Calculaba que una conversación entre Folentin y el Marqués podría provocar tan graves disentimientos, que cualquiera otra cuestión les pareciera de poca importancia? Sin duda que no, pero instintivamente empujaba á su marido hacia adelante.

De pronto se estremeció. En la habitación contigua acababan de resonar unos pasos que conocía muy bien. Era Folentin. Rosa sintió un desvanecimiento. Él entró malhumorado y sin prestar atención á la crisis porque atravesaba su mujer. Cruzó el gabinete, se apoyó en la chimenea, y parecía poco dispuesto á dar explicaciones. Rosa fué quien, encontrando el silencio intolerable, le interrogó:

—¿Has visto al marqués de Condottier?

—Le he dejado hace un momento.

—¿Qué ha resultado de vuestra conversación?

—La certidumbre para los dos de que solo te preocupas por Raynaud, y que tal vez no habrías visto con disgusto que Condottier y yo hubiésemos decidido batirnos en tu honor.

Rosa enrojeció. En aquel momento tuvo la revelación de los obscuros móviles á que había obedecido. Bajó la cabeza temiendo que se leyese una confesión en su mirada, y con voz temblorosa dijo:

—En resumidas cuentas, tú personalmente has preferido dejar las cosas tal como estaban...

—Condottier lo ha querido así. No te oculto que está muy mal dispuesto contra su adversario.

—Y tú encuentras muy natural que un extraño pague la deuda que tú has contraído.

—Querida, en esta ocasión paga por sí mismo. Tú lo sabes bien.

—Pero ignoras que si es hoy enemigo de Condottier lo es por defender la honra de tu mujer.

—Lo que no ignoro es que esos dos hombres se disputan tu corazón, que honradamente debería pertenecerme, y el espectáculo, en verdad, no me conmueve. El papel que represento en este asunto es un tanto desagradable. Me alegro, por lo tanto, de no haber corrido el riesgo de matarme por una mujer que me detesta. No, que-

rida, no; tú has lanzado á Condottier y á Raynaud, uno contra otro; que se las compongan solos.

Miró el reloj y dijo:

—Las doce; es la hora en que debían estar en el terreno, y te garantizo que Condottier no va hoy de buen humor.

Rosa palideció; sus manos se agitaron febriles entre los encajes de la bata y balbució:

—Sientes cobarde satisfacción torturándome al hablar del peligro que corren esos dos hombres.

Folentin replicó:

—Con el peligro que corre uno de esos dos hombres, pues Condottier me ha abierto los ojos, y respecto á tus sentimientos, ya sé á qué atenerme. Yo, que tenía la pretensión de que nadie podría engañarme, he sido engañado por ti. Sí, te has burlado de Folentin como de un idiota...

En su rostro Rosa leyó la esperanza de una catástrofe. Su corazón no pudo resistir más, y levantándose bruscamente dijo:

—Caballero, aquí estoy en mi casa, y creo que tengo derecho á estar sola. Su presencia me es insoportable. Si tiene quejas amargas que formular, ahórreme el disgusto de oirlas.

Folentin sonrió forzadamente.

—Muy bien—contestó.—Estimo demasiado mi libertad, para privarle de la suya.

Salió haciendo una ligera inclinación de cabeza. En cuanto desapareció, Rosa tuvo la triste satisfacción de poder dejar correr libremente sus lágrimas. La brutal sequedad de Folentin acababa de desvanecer sus últimas ilusiones. De su unión, concebida con tan brillantes esperanzas, solo quedaban tremendas decepciones, amargos pesares y disentimientos sinnúmero. Ya no existía ningún acuerdo entre ellos, y ligados por los mismos contratos y los mismos deberes, les era imposible continuar viviendo uno junto á otro sin exponerse á un suplicio constante. He ahí adónde los había llevado en tres años aquel matrimonio realizado tan solo para asegurarse triunfos en el mundo elegante. Rosa no tenía en su angustia ni el recurso de lanzar sobre otros la responsabilidad de su desgracia. Ella era quien lo había hecho todo. No cabía decir: «Me han sacrificado, no sabía...» Había decidido esta unión por un movimiento de orgullo, y con pleno conocimiento de causa. Ella misma preparó con arte y coquetería que aquel hombre frío y brutal fuese su marido.

Acordándose de estas cosas se creía víctima de una pesadilla. Ella, la conquistadora, de la que todos celebraban la inteligencia, la que su padre y su padrino admiraban con orgullo por su distinción y talento, ¿cómo había podido equivocarse con respecto al valer de Folentin, y considerar una felicidad pertenecerle? Se sentía humillada, derrotada, y sobre todo dudaba de su

clarividencia. Después de haberse conducido tan locamente, ¿no obraría contra sentido común, separándose de él? ¿Porqué razón? Nadie podía iluminarle con respecto á su destino. Raynaud no le había hablado de ruptura, y sin embargo, seguir con Folentin, vivir con él, soportarle á todas horas, le era imposible. Veía aún ante ella el rostro mofletudo de su marido detallando con cruel escrupulosidad los peligros que corría Valentín. Encontraba á su marido horrible, vulgar, calculador, mezquino. Le inspiraba horror, y en aquella hora de angustia surgía un Folentín para siempre detestable.

La distrajo de estas reflexiones su doncella que entró para decirle:

—Señora, el señorito Mauricio está ahí...

Dió un salto adivinando que su hermano le traía noticias, y sin preocuparse de lo que su doncella podría pensar gritó:

—Mauricio, entra.

Le salió al encuentro, le estrechó las manos y mirándole con ojos extraviados le preguntó:

—¿Qué?

—Tranquilízate, no es nada grave.

Rosa palideció y tuvo que apoyarse en su hermano.

—¿Qué ha ocurrido?

—Raynaud está herido, pero no de gravedad.

—Me engañas, ha muerto.

—Te juro que no.

—¿En dónde está?

—En su casa.

—Voy allá.

—¿Estás loca?

—Ya fuí ayer.

—¿Tú?

—Sí, yo. Vamos, Mauricio, tú me acompañarás. Me visto ..

—No, no—dijo el joven.—Hazme el favor de calmarte. Te juro que Raynaud no corre ningún peligro.

—Y ese miserable de Condottier ileso.

Se dejó caer en el sofá, y ocultando la cara entre las manos, rompió en desesperados sollozos.

—Vamos, Rosa, sé razonable. Evans me ha dicho que venga para tranquilizarte. Cálmate. Te juro que con tres semanas de reposo, Raynaud estará restablecido. Tiene un balazo en un hombro...

—¡Dios mío! ¡Pobre muchacho! ¿Tiene el brazo roto?

—No. Pommier, que lo ha acompañado al terreno, ha hecho ya la extracción de la bala. Debía haberla traído para convencerte. Estaba encima de la mesa en Villebon.

—¿Sufre mucho?—preguntó Rosa convencida por la precisión de detalles que le daba su hermano.

—¡Diantre! Debes calcular que un balazo no es cosa agradable.

Rosa juntó las manos y con voz ronca dijo:

—Pero él, ¿cómo no ha atravesado á Condottier?...

—Eres feroz. ¿Crees que se atraviesa á un hombre fácilmente á treinta pasos? Hace falta costumbre, la habilidad de ese perdonavidas de Marqués para no errar un tiro. Tanto más, cuanto que Evans ha dado la señal con precipitación. Condottier tira admirablemente, hay que confesarlo.

—Es un asesino. Pero ¿tú has asistido al encuentro?

—Claro. Papá me ha hecho ir para que le sustituyese si se ponía malo.

—¡Pobre papá!... Temía que Raynaud...

—Casi tenía tanto miedo por Condottier. La idea de que uno de los dos pudiese morir en el duelo le aterraba. Cuando vió la camisa de Valentín llena de sangre, se puso tan pálido que parecía él el herido.

—¿Y Raynaud?

—Pues Raynaud no decía nada. Tiene el hombro atravesado. Pommier ha encontrado la bala en la espalda, cerca del omoplato, y la ha extraído.

—¡Qué horror!... ¿Y entonces?...

—Entonces Evans me dijo que cogiera su automóvil y viniese á darte cuenta del resultado.

—Y ellos ¿cómo han vuelto?

—En el landó de papá.

—¿Y Raynaud está ya en su casa?

—Debe de estar.

—Me llevas... ¿quieres?

—No; es imposible. Reflexiona un poco y tranquilízate. ¿Qué diría tu marido?

—Eso no me importa. ¿Crees que voy á quedarme con ese imbécil? Ese sí que no hubiese temido, como papá, que los adversarios muriesen. Si de él hubiera dependido...

—Rosa, reflexiona. Ahora no puedes ir á casa de Raynaud. Desconfía de Folentin; debe estar exasperado y es capaz de tenderte un lazo.

—De todas maneras quiero ir á casa de papá.

—Eso ya es otra cosa. El coche está á la puerta, y si quieres te espero y te llevo.

Mauricio había descrito exactamente el estado moral de su padre en el momento que lo había dejado en Villebon. Los dos hermanos encontraron á Prévinquieres en el salón acompañado de su mujer y de Duburle. Hablando en voz alta recorría á grandes pasos la habitación sin poder disimular la violencia que le dominaba Cuando Mauricio y Rosa llegaron empezaba, por tercera vez, dando nuevos detalles al relato del encuentro.

—¡Ah, hija mía!—dijo Prévinquieres levantando los brazos al cielo con trágico ademán.—¡Oh, mi pobre hija!—Estrechó á Rosa contra su corazón como si acabase de correr grave peligro.

—Sí, le hemos traído y le hemos acostado como á un niño. Evans está á su lado. Todo va bien. Ni siquiera tiene calentura. ¡Qué firmeza de carácter! ¡Qué valor! Ni una vacilación ante la pistola. Yo, cuando le entregué el arma, temblaba como un azogado. Estaba más muerto que vivo. Él me dió fuerzas sonriéndome. Amigos míos, ¡qué cosa tan horrible para los testigos es un duelo!

—¿Te ha encargado algo para mí?

—Me ha rogado que no te preocupases por su estado.

—¿Y después?

—Que irá á verte en cuanto pueda salir.

—Me verá antes, porque iré á verle yo.

—Está prohibido.

—¿Por quien?

—Por el médico. Ha ordenado que no vea á nadie.

—¿Ni á ti?

—¡Oh, yo! ..

—Papá, escucha: iremos juntos. No entraré en su habitación, pero oiré su voz y tendré la seguridad de que no me engañáis al decirme que está relativamente bien. Hablaré con Evans. Necesito tener una explicación con él.

—Rosa—dijo Prévinquieres—, te suplico que no te precipites. Estás en un momento crítico. De ti depende que las dificultades más grandes se allanen, y ya sabes que tengo gran confianza

en tu buen juicio. Tu madre y tu padrino te dirán como yo que en las presentes circunstancias hace falta mucha prudencia... Tu marido...

—¡Es un miserable!—exclamó Rosa con violencia.—Ustedes no le conocen. Hace dos días que no puedo mirarle á la cara.

—Vamos, vamos—dijo Duburle bondadosamente.—No exageremos. Folentin no es un miserable ni tampoco un ángel. Es lo que puede ser en medio de los acontecimientos que acaban de producirse.

—Él tiene la culpa de cuanto ha ocurrido. Su rapacidad de hombre de negocios ha puesto á Valentín y á Condottier frente á frente. Él es quien ha... Esta misma mañana me ha dicho que vería con gusto á los dos adversarios muertos...

—¡Oh!

—Así, con esas mismas palabras. Por eso no quiero volver á su lado...

—¡Cómo! ¿Piensas separarte de él?—exclamó Prévinquieres emocionado.—¿Qué pensará de ti el mundo?

—Poco me importa. Hasta ahora me he preocupado demasiado del qué dirán. Si no lo hubiese sacrificado todo al qué dirán, no me encontraría en esta situación.

—Confieso—dijo Prévinquieres—que tu casamiento no dió el resultado que se esperaba; pero de ahí á que te separes de Folentin...

—Me es odioso.

—Si todas las mujeres á las que su marido es desagradable se fuesen de su casa, no veríamos más que hogares deshechos.

—Las otras harán lo que quieran, pero yo me guiaré siempre por mis sentimientos.

—Pero ¿y el mundo, hija mía?

—Pero ¿y mi tranquilidad, madre mía?

—Folentin no es mala persona. Es muy tolerable.

—Es un ser nulo para el bien, y siempre dispuesto al mal. Por vanidad sería capaz de pegar fuego á París. No quiero verle más. Después de lo que hemos hablado, no puede haber nada común entre nosotros...

—Entonces ¿piensas en el divorcio?...

Reinó un momento de silencio. En aquel ambiente burgués y católico, la palabra sonó inarmónicamente.

Prévinquieres repitió:

—¡El divorcio... tú, hija mía! ¿Qué dirá nuestro párroco?

—No será él quien lleve el peso de mis males —exclamó Rosa.—¡Siempre la opinión! Pues bien, el párroco se tapará la cara, pero yo recobraré mi libertad. El divorcio es una cosa horrible, madre mía, convengo en ello; pero cuando los caracteres de marido y mujer no concuerdan, y no hay hijos para retenerlos en el hogar, el divorcio es la salvación. Parece haberse instituído para mí. En mi caso, solo ofrece ventajas y ningún inconveniente.

—Tú sabes, hija mía—dijo Prévinquieres—, que soy muy liberal y que no te habría hablado como tu madre de obligaciones sociales, de escrúpulos religiosos ni aun del efecto deplorable que tu resolución pueda producir en nuestras relaciones; pero miremos la cosa por el lado práctico. ¿Adónde piensas ir cuando abandones la casa de tu marido?

—Al único sitio en que puedo estar al abrigo de toda sospecha, á casa de mi padre.

—Mi casa está siempre dispuesta á recibirte, eso ni que decir tiene. Pero reflexiona las consecuencias que puede acarrearte semejante resolución.

—Todo está pensado. Si me quieres no me atormentes más. Soy muy desgraciada.

Su voz se hizo opaca y rompió á llorar. Ante ese espectáculo, Duburle, fuera de sí, se puso en pie, y rojo de indignación, causando el asombro de la señora Prévinquieres dijo:

—¡Cómo! ¿Van ustedes á vacilar cuando esa pobre criatura les pide auxilio? ¿No la quieren ustedes? Que no sea yo quien pueda recibirla y consolarla. Querida niña, tu viejo padrino está á tu lado para todo. Puedes contar con él.

—Vamos—exclamó Prévinquieres—, hasta la gente formal, ó que debiera serlo, empieza á chochear. ¿Adonde vamos por ese camino? Duburle,

hágame el favor de tranquilizarse y no excite á esa chiquilla que necesita calma. No es que yo la vaya á abandonar, pero estas cosas exigen pies de plomo. Voy á ver á Folentin, á hablar con él. ¡Diablo! no hay que olvidar la dote.

—Déjasela, y que me deje tranquila en cambio.

—Hablas á lo tonto. ¡Ochocientos mil francos! Sería capaz de aceptar en seguida.

—Papá, veo que tienes de mi marido la misma opinión que yo.

—En materia de negocios es un individuo muy seguro, pero ya verá con quién trata.

—¿Quiere usted que le acompañe?—preguntó Duburle.

—No, iré solo, para poder decirle todo sin que se resienta el amor propio.

Prévinquieres miró á su hija, movió la cabeza, y rozando con sus labios su hermoso pelo murmuró:

—¡Pobre hija! Hace tres años la felicidad estuvo al alcance de tu mano. Creo que fuí el único en verla. Ahora se ha perdido.

Rosa, en voz baja, le contestó devolviéndole el beso:

—¡Si la pudiésemos recobrar!...

VII

—Querido suegro—dijo mal humorado Folentin—, permítame que me asombre del paso que da usted...

—Y yo, querido yerno, permíteme que me asombre del modo con que me recibes.

Sentados frente á frente en el despacho de Folentin, los dos hombres se miraron en silencio. Hasta ellos llegaba el ruido de las oficinas en plena actividad, y Folentin, en su casa de banca, se sentía en plena posesión de sí mismo. Allí ejercía un poderío incontrarrestable. Hizo un gesto vago y dijo:

—Usted debe comprender perfectamente que no puedo acoger con calma el anuncio de la ruptura total con mi mujer, y que ésta se marche de mi casa. Es un golpe demasiado serio para mis sentimientos, y que al mismo tiempo alcanza á mi situación...

—Le ruego que no confundamos la cuestión de negocios con la cuestión de sentimientos.

—Sin embargo, es preciso...

—Eso es indicarme que bajo ciertas y determinadas condiciones devolverás la libertad á mi hija.